

C. 127-408

Memoria de los cursos
pronunciados anteriormente
y datos estadísticos. R
1882

DISCURSO

LEIDO

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO
DE PRIMERA Y SEGUNDA ENSEÑANZA
ESTABLECIDO

EN

El Rasillo de Cameros

Doctor Don José Sáenz Navarrete

EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO
DE 1882 Á 1883.

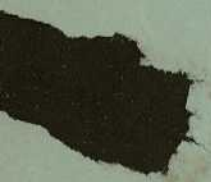


LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Estación, 2.

1882.

R
1882



C. 127408

12
1882

PDISCURSO

LEIDO

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO

DE PRIMERA Y SEGUNDA ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

EN

El Rasillo de Cameros

Doctor Don José Sáenz Navarrete

EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE 1882 Á 1883.

53/245
54/245

R. 23.396



LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Estación, 2.

1882.

Accediendo á los deseos de varios padres de alumnos, y de otros amigos, se va á proceder á la edición de un volumen que contenga los ocho discursos pronunciados en otras tantas aperturas por el director del Colegio de El Rasillo, D. José Sáenz Navarrete.

El que desee adquirir el libro, que se procurará no sea muy caro, puede pedirlo al portero del Establecimiento.

Sr. D. _____

Señores:

«Manus Domini tetigit me.» La mano terrible del Omnipotente me ha tocado; todos lo sabeis; y al tocarme, me ha herido profundamente; y al herirme, ha conmovido todo mi organismo, ha sacudido violentamente mi existencia, ha llenado de amargura mi corazón, ha debilitado de una manera indecible la energía de mi espíritu, ha subvertido por completo mi modo de ser, hasta el punto de que ni yo mismo me doy cuenta de lo que en mí acontece, de lo que por mí pasa.

Bien sé, amigos míos, que, según nos enseña la fe, las pruebas de esta vida son señales inequívocas de que no estamos olvidados; y que cuando los males, por tremendos que sean, vienen del Todopoderoso, queda á su providente mano el remediarlos, segun aquello de: «Beatus homo qui corripitur á Deo... quia ipse vulnerat et medetur; percutit et manus ejus sanabunt.» Pero sé mejor, porque lo experimento en todos los momentos de mi angustiada existencia, que como decía de sí Job, modelo y verdadero tipo de los atribulados: «Ni mi resistencia es la de las piedras, ni mis carnes son de bronce:» «Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea ænea est.»

No se puede negar, en verdad, que mi vida anterior había estado casi exenta de penalidades; que la fortuna me había sonreído constantemente, favoreciéndome, en toda clase de situaciones, creándome una reputación y un nombre muy superiores á mis escasísimos méritos, conquistándome amigos sin cuento, y facilitando por estos medios la realización de mi sueño dorado: la fundación, el planteamiento y progresivo desarrollo de este centro de enseñanza, conocido ya y bien reputado por todos los ángulos de la Península y en muchas partes del extranjero. No dejaba ciertamente de ocurrirme que tanta felicidad no podía menos de augurar días próximos de dolor; y más de una vez lo repetía como preparándome á ellos; y en efecto, como lo temía, así me ha sucedido: «Timor quem timebam evenit mihi.» Pero ¡son tantas y tales las desgracias de los últimos tiempos,!! tan aglomeradas y contundentes!! ¡Son de tal índole, amigos míos, los bienes de que el Señor me ha privado!! ¡Significan tan poco á su lado las riquezas y los honores!!!..... Sin embargo; si todo lo había recibido de la mano bienhechora del Altísimo, ¿porqué he de quejarme ó mostrarme menos resignado cuando á su impenetrable voluntad place despojarme de lo que gratuitamente me había concedido? Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare non suscipiamus?» «Dominus dedit; Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum.»

Este conjunto de reflexiones y de motivos hacen que, al resolverme á dirigiros hoy mi debilitada palabra, me atreva á pedir á la ciencia un instante de tregua para el dolor, un poco de luto en la presente solemnidad; que también la ciencia tiene entrañas; y un paréntesis siquiera momentáneo al corazón en favor del acto literario; que también la sensibilidad es simpática con la ciencia.

Breve, pues, muy breve será el rato que os ocupe; y éste no para

desenvolver ó dilucidar asuntos nuevos, de aquellos que exigen presencia de ánimo y atención exquisita; sino para hacer, como si dijéramos, la sencilla anacefaleosis de los discursos pronunciados desde la inauguración del Colegio, y que con el presente constituirán un todo armónico capaz de ser leído sin la heterogeneidad de impresión que á primera vista causan trabajos hechos aisladamente para ser leídos en diversas ocasiones.

Hoy más que nunca imploro vuestra benevolencia, porque hoy más que nunca la necesito muy de veras.

I

SEÑORES:

No menos de trece años han trascurrido desde mi discurso de inauguración del Colegio y apertura del primer curso escolar en este centro de instrucción. En él no hice más que ampliar un tanto y desenvolver el fondo de la circular ó carta anuncio impresa en Julio de aquel mismo año, en la que me comprometía ante el público á emprender una obra enteramente nueva en ésta y en la mayor parte de las provincias de España; pero exigida imperiosamente por el estado más ó ménos anómalo de las poblaciones grandes, y por la desmedida libertad de que en ellas abusaban los jóvenes estudiantes, tan propensos siempre á sacudir el yugo de la disciplina, y á olvidar el gran deber que sobre ellos pesa desde el momento en que se dedican á la vida del estudio, sacrificando para ello buena parte de su patrimonio y tal vez del de sus familias.

Todo cuanto en aquel trabajo inicial tuve el honor de ofreceros se ha cumplido á la letra; todas las materias que en aquel acto ofrecí enseñar se han enseñado constantemente hasta la fecha, con

el aumento de otras varias que las circunstancias, el progresivo desarrollo de la empresa, las disposiciones de la Superioridad, y el interés de los escolares han aconsejado más tarde.

El discurso del año 1869 fué un discurso de promesas: aquí estoy después de trece años á responder de su cumplimiento.

El estado especial de nuestra patria en aquel tiempo á consecuencia de la revolución del 68, el prurito tonto de muchos que en momentos como aquellos creían de buen tono sacudir las riendas de la religión cristiano-católica, y menospreciar su moral, el espíritu de reforma y de novedad que, alentado por tendencias ingénitas en la empobrecida naturaleza humana, dominaba por completo á no pocos de los hombres dedicados á la enseñanza en España, y en fin, la importancia que para los padres de familia tenía, tiene y no puede menos de tener el sesgo que haya de darse á la educación de sus niños en puntos de tanto y tan vital interés fueron los verdaderos móviles del discurso segundo; en el que, sin rebozo de ningún género, con lisura y entereza prometí que la enseñanza del Colegio de El Rasillo sería pura y exclusivamente católica, así en lo especulativo como en lo práctico, sin mezcla ni transacción alguna; que no cabe mezcla ni transacción entre la verdad y el error, ni entre el bien y el mal moral cuyo criterio de ser radica nada menos que en la eterna inmutabilidad del Sér supremo.

No me fué difícil, en verdad, presentar los motivos de mi determinación en este asunto; las razones por las cuales mi decisión por el catolicismo era completa y absoluta: con la historia de la humanidad ante los ojos, vimos con desengaño y con horror las aberraciones prácticas en que cayeron los antiguos pueblos, y aún todos aquellos de los modernos en los cuales no ha brillado ó no alumbrado la vivificante antorcha de la fe. El merodeo, el robo y el pillaje, es-

tablecidos en Egipto y en Grecia como artículos principales de educación para sus hijos. La exposición pública ú oculta de los niños en Atenas y en Germania; salvaje práctica que subleva los sentimientos más comunes del corazón. El parricidio más repugnante é incalificable, llevado á cabo bajo el amparo de las leyes en la India y otros pueblos del Asia, en Lacedemonia, Prusia y otros de Europa, entre los etiofes y no sé cuántos más del Africa; ya quitando la vida á los tiernos niños que hubiesen tenido la desgracia de sacar alguna imperfección física del vientre de sus madres, ya matando ingrata y cruelmente al anciano padre que, por efecto de su laboriosidad y del amor hacia sus futuros verdugos, es decir hacia sus hijos, llegaba á inutilizarse para el trabajo. El divorcio más injusto, subyugando indignamente en todas partes á la pobre mujer, á la mujer á quien sólo el Evangelio ha sabido elevar de la condición de cosa y de cosa abyecta y despreciable á la de persona merecedora de toda la consideración social; el divorcio, en virtud del cual la infortunada mujer era conducida al mercado público como objeto de comercio, no de otra manera que entre nosotros acontece con las bestias de carga y demás animales domésticos. La prostitución, en fin, la pluma se resiste á escribirlo, la prostitución tenida entre los pueblos de mejor historia como un acto de religión, como un deber de las pobres jóvenes en obsequio á sus inmundas divinidades, ó un tributo infame de la debilidad á la desenfrenada lujuria de sus lascivos ministros..... Todos estos y otros hechos, unidos á las tristes consideraciones doctrinales tanto de las que de ellos nacen como de las en que se fundan, nos hicieron consignar como indiscutible la impotencia moral de la razón humana en materia de deberes y de creencias, y la necesidad moral también de la revelación como antorcha brillante que ilumine y guíe á la razón,

así en materia de creencias como en punto á deberes y derechos.

Tras de ésto y sobre ésto fácilmente pudimos, descartando todas las falsas religiones politeistas y gentílicas, llegar al cristianismo como depositario de la verdadera, de la única verdadera revelación; al cristianismo que, obrando en los tiempos antiguos bajo la forma simbólica del judaismo, y en los modernos bajo la del catolicismo, ha sabido hacer sin violencia, sin auxilio humano y sin otra máquina que la del heroísmo en el sufrir, la de la caridad y la del amor universal, de todos los pueblos un solo pueblo, de todas las razas una sola raza, de todas las familias una sola familia, y de todos los hombres otros tantos hermanos iguales ante Dios, iguales ante la ley, iguales en sus deberes é iguales en su destino; sin esclavitud, sin servilismo, sin el dominio de la fuerza bruta, y sin tantos y tan crasísimos errores teóricos y prácticos como envolvieron y degradaron al mundo pagano.

Pero ¿dónde está el cristianismo? preguntábamos en el tercer discurso correspondiente á Setiembre del 71. De tantas religiones como han aparecido en los diez y nueve siglos últimos con el epíteto de cristianas, ¿cuál es la instituida por ese hombre extraordinario, por ese hombre Dios, que, bajo el nombre de Jesús ó Cristo, trasformó completamente la sociedad con su celestial doctrina? Y el tema de aquel trabajo fijó la solución á estas preguntas con las siguientes palabras; «Fuera del catolicismo nada hay, en materia de religión, que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana: el catolicismo y sólo el catolicismo reúne en sí los atributos, las propiedades y los caracteres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador.»

Para demostrar la primera parte de la proposición no hubo nece-

sidad de grandes razonamientos: desechamos desde luego todas las sectas que, nacidas en los nueve primeros siglos de la era vulgar con la denominación de cristianas, murieron más ó menos prematuramente demostrando con ésto que no se había dicho de ellas lo de, «*Portæ inferi non prævalebunt adversus eam;*» desechamos también el cisma griego, cuyo origen y vicisitudes son bien conocidas, y cuya penosa existencia es debida á causas políticas, que puede suceder muy bien varíen de un momento á otro, y hagan desaparecer del mapa religioso una secta que jamás tuvo razón de ser; y únicamente nos detuvimos en el estudio del protestantismo, cuya aparición, propagación y conservación van unidas á historias y pormenores que distan mucho de satisfacer las exigencias de la humana razón.

El protestantismo de Lutero, nacido del orgullo más refinado, y sostenido y fomentado por la crápula y el libertinaje más grosero, tuvo en favor de su instalación y progresos materiales un sin número de concausas que humanamente hablando no dieron sino un resultado efímero y mezquino: la invasión de los pueblos del Norte que cual inmenso alud cayeron sobre el Imperio imponiendo sus bárbaras costumbres á los vencidos; el desconcierto que en el clero hubo de reinar á consecuencia de la perniciosa costumbre de las investiduras, una de las causas más abonadas de su desmoralización y de su ignorancia en la edad media; la encarnizada guerra que por tanto tiempo sostuvo el feudalismo contra el poder real; la agitación que los emperadores de Alemania causaban por doquier con sus luchas intestinas y con sus ambiciosas pretensiones sobre Roma; la convulsión general á consecuencia de las frecuentes acometidas de los turcos y mahometanos, origen de las célebres cruzadas; el nuevo rumbo que la filosofía y la política, las ciencias y las artes habían tomado en los últimos tiempos; los titánicos esfuerzos de los

envalentonados reyes por desvirtuar y destruir la omnipotencia civil y política que la fuerza de los acontecimientos había colocado en manos de los papas, únicos hombres capaces de vislumbrar en aquella oscuridad los eternos principios de justicia; el frenesí por la novedad que el descubrimiento de la pólvora, el del nuevo mundo, y sobre todo el de la imprenta produjeron en el orbe todo; éstas y muchas otras son las concausas que, ocasionando directamente la relajación de la disciplina y el enervamiento moral del clero, la rudeza de carácter y las costumbres poco cristianas en el pueblo, el orgullo insensato y el menosprecio más repugnante de los derechos más sagrados por parte de los príncipes, y la ignorancia más supina en casi todas las clases de la sociedad, debían dar forzosamente por resultado final una reforma. La sociedad del siglo XVI, decíamos, llevaba en su seno, en gestación propiamente hablando, el espíritu de la reforma; y Lutero al proclamarla, al intentar su aparición no consiguió dar al mundo otra cosa que un prematuro y funesto aborto; que no otro nombre merece la tan decantada obra del hijo de Eislebén, del ex-fraile de Erfurd, del profesor de Witemberg, del apóstata, del incontinente, del concubinario, del sacrílego Lutero.

Pero no es ésto sólo: la reforma de Lutero debió contar desde luégo con todos los descontentos y disolutos: debió contar con buena parte del pueblo á quien halagaba con sus doctrinas de igualdad, de libre examen y de odio al clero; debió contar con la parte corrompida del clero á quien halagaba con la derogación del celibato y de los votos religiosos; debió contar con muchos príncipes á quienes halagaba con transacciones indignas y con el interés de las riquezas eclesiásticas: no hay pues que extrañar el fenómeno material del nacimiento y propagación del protestantismo.

Pero ¿cómo ha de satisfacerse la razón humana con un origen tan humano, con una historia tan nauseabunda? ¿Cómo ha de satisfacerse con doctrinas tan disolventes como la del pecado original, las referentes á la gracia y sus efectos, á la fe justificante, y las que se encaminan á establecer el concubinato en vez del matrimonio, y la in subordinación en vez de la obediencia? ¿Cómo ha de quedar satisfecha con doctrinas como las de Calvino sobre la predestinación, y como las de cien mil y más sectas, en que ha venido á desmenuzarse el protestantismo, sobre todos y cada uno de los dogmas del Evangelio?

No, mil veces; la razón humana no puede satisfacerse fuera del catolicismo; porque el catolicismo y sólo el catolicismo reúne en sí los atributos, propiedades y caracteres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador: segunda parte de la proposición de este discurso, y de cuya dilucidación se encarga el del año siguiente ó sea el cuarto entre los que vamos sintetizando. Con la Biblia en la mano hicimos ver en él que la iglesia fundada por Jesucristo debe ser una sociedad visible, completa, independiente y distinta de toda otra; con jerarcas encargados de la autoridad, y pueblo cuya misión es obedecer; sociedad cuyo fin próximo es la regeneración y santificación del linaje humano; cuyos límites de extensión geográfica no existen; cuya duración se adecua con la del hombre sobre la tierra; y cuya doctrina y cuya moral están garantidas por aquél que dijo: «Yo soy la verdad.» Unidad pues de fe y disciplina; visibilidad, independencia y distinción de toda otra sociedad; santidad por su origen, por su historia, por sus medios y por su fin; universalidad ó catolicidad; apostolicidad y perpetuidad hasta el fin de los siglos, y por último infalibilidad son

los criterios por donde deben distinguirse la religión cristiana y todas las que no lo sean.

Ahora bien, señores, como no es difícil comprobar los hechos cuando están consignados en la tradición, se probó hasta la evidencia, con vista de la historia eclesiástica más concienzuda é imparcial, que la religión católica reclama para sí con toda justicia estos caracteres que por otra parte riñen de verse unidos al nombre del protestantismo sea de la fracción que quiera.

Quedó por tanto demostrado en aquel discurso cuanto hacía falta para establecer de una manera inconcusa que, en punto á religiones no hay que pensar en otra cosa que en el catolicismo; y que en él había de basarse mi humilde obra, mi modesta fundación, el Colegio de El Rasillo; así en la parte de doctrina ó enseñanza en las cátedras, como en la de moral en todos los actos de la vida.

Terminado así el resumen de los cuatro primeros discursos, que bien pueden considerarse como partes similares de un todo ó conjunto sintético, réstame decir algo de los tres restantes, que no dejan de formar igualmente entre sí un cuerpo de doctrina.

II

Con el intento, señores, de concretar todavía más mi modo de ver en punto á doctrinas y enseñanzas, traté de decir algo en el discurso siguiente sobre las teorías erróneas ó peligrosas más apoyadas en la actualidad; sin que á ello me moviese exclusivamente el deseo de exponerlas y refutarlas en sí mismas, sino también y muy principalmente el de presentarlas en toda su fealdad y repugnante desnudez á mis queridos alumnos, quienes más pronto ó más tarde no hay duda que han de tropezar con ellas en el sendero de la vida.

Dijimos entonces, y no hay inconveniente en repetir hoy, que la moda filosófica en el presente siglo ha tenido y tiene su centro en Alemania; que las demás naciones están en filosofía germanizadas por extremo; pero que el germanismo dista mucho de ser nuevo, como á través de su embolismo gramatical pretenden sus abonados. Los mismos errores, los mismos sistemas, las mismas desviaciones ofrece la historia de la filosofía entre los antiguos que entre los actuales pueblos, cuando éstos, prescindiendo de la fe, han querido ó quieren guiarse tan sólo por la escasa luz de la razón.

Y en efecto; el panteísmo se nos presentó en la India, primer pueblo cuya filosofía conocemos; y ésto en tres formas bien distintas: de espiritualismo, de materialismo ó sensualismo con base atomística, y de panteísmo subjetivo. En Persia y en Egipto encontramos el dualismo más inconveniente; en Caldea el fatalismo astro-lógico; y en casi todas partes la metempsícosis.

Visitando luégo las principales escuelas griegas vimos: en la jónica la eternidad de la materia, ya bajo la forma de agua en su fundador Thales, ya de materia caótica, en Anaximandro, ya de aire en Anaximeno, ya, en fin, de materia atomística en Anaxágoras: en la itálica el panteísmo en filosofía y el comunismo en política, uno y otro defendidos por Pitágoras; y en la eleatense el panteísmo enseñado por Jenófanes, el panteísmo idealista por Parménides y el escepticismo absoluto además por Zenón de Elea.

Entre éstos y la filosofía de los romanos y alejandrinos sólo se encontró escepticismo llevado hasta la exageración por Pirrón, ateísmo representado por Diágoras y cinismo personificado en Diógenes.

Derivaciones de las griegas son las escuelas romanas no menos que las alejandrinas, y derivaciones de los de aquellas son los errores de éstas que obligaron al emperador Justiniano á cerrarlas como

indignas de subsistir. Bien es verdad, que la luz del Evangelio ahuyentaba ya de todas partes la negra oscuridad gentilica.

Cuando, después de la irrupción de los pueblos del Norte, vuelve á aparecer la filosofía, guarecida durante la tormenta entre los pliegues como decíamos del hábito religioso, nada nuevo nos ofrece la inteligencia humana. Juan Escoto Erigena con su panteísmo y sus emanaciones, los árabes de Bagdag y Córdoba, Roscelino con los nominalistas, Guillermo Campelence con los realistas, Abelardo y varios otros son testigos de nuestro aserto.

Bacon más tarde con su empirismo dando lugar á las doctrinas atomísticas de Gasendo, Descartes con su célebre duda, y Espinosa con la unidad de sustancia sirven de eslabones entre la antigua y la moderna filosofía, sin que desdigan del cuadro general que á manera de ley viene trazando la razón del hombre en su constante y uniforme derrotero.

Y bien, señores, ¿qué es sino materialismo puro lo que la escuela francesa moderna ha enseñado por sus más célebres representantes: Cabanis, de Tracy, Volney, Broussais, Gall, etc. etc.? Y ¿qué es sino panteísmo, ateísmo y escepticismo lo que la filosofía alemana nos presenta, ora bajo la forma del idealismo trascendental de Kant, ora bajo la del idealismo subjetivo de Fichte, ya bajo la del idealismo objetivo ó identidad absoluta de Schelling, ó ya bajo la del panteísmo idealista de Hegel?

No hay que dudarlo: en la historia de la filosofía como en la historia en general, la humanidad es la misma, y las leyes que se rigen constantes en medio de su variabilidad; el círculo dentro del cual se revuelve la razón humana es férreo é inquebrantable por más que no siempre aparezca bien marcado. Panteísmo, dualismo, materialismo, idealismo, ateísmo y escepticismo combinados en di-

versas proporciones y expuestos en una ú otra forma es todo lo que la ciega razón ha dado de sí, en los veinte y tantos siglos cuyos datos filosóficos tenemos, al intentar resolver las grandes cuestiones que resumen el campo todo de lo cognoscible.

Así terminábamos el discurso quinto después de haber señalado como asunto del siguiente el examen crítico del sistema de Krause, uno de los maestros más aplaudidos en nuestros días. Y ¿qué viene á ser el krausismo? preguntábamos al comenzar aquel discurso. El krausismo, señores, contestábamos, es un sistema atrevido que, basado sobre el criterio puramente racionalista, pretende huir igualmente del panteísmo que del dualismo, estableciendo uno al parecer término medio á que han dado en llamar con la palabra nueva de panenteísmo. Para los partidarios de este sistema, existen tres infinitos relativos y uno absoluto: existe la naturaleza, infinito relativo que, comprendiendo la materia infinita, se contrapone al infinito espíritu diferenciándose de él: existe el espíritu, infinito relativo que, comprendiendo el espíritu infinito, excluye de su esfera al infinito material: existe la humanidad, infinito relativo también que, comprendiendo el número infinito de individuos de la especie humana, ya de los que existen sobre la tierra, ya de los que habitan otros astros, no puede tampoco formar ecuación con el todo Dios que como infinito absoluto comprende estos tres infinitos á la manera que un género comprende las especies que le están subordinadas; pero de tal modo que las esencias de estas especies ó de los individuos en ellas comprendidos ni son varias entre sí ni varias con Dios, porque entonces resultaría el dualismo, del que huyen no menos que del panteísmo. «El materialismo, el ascetismo y el positivismo, dice Tiberghien, famoso discípulo y expositor de Krause, son tres formas de un mismo error que consiste en tomar la parte por el

todo..... El espíritu y la naturaleza están establecidos en antítesis: la humanidad es la síntesis de la creación: la tesis es Dios..... La naturaleza no es Dios: el espíritu no es Dios; la humanidad no es Dios; aunque Dios contiene también la naturaleza, el espíritu y la humanidad en la simplicidad de su esencia..... La esencia infinita es la totalidad de la esencia fuera de la cual nada existe..... No se puede decir Dios es ésto ó aquélla, sino Dios es todo.»

Semejantes palabras y otras muchas que se citaron de este filósofo nos permitieron concluir como habíamos comenzado; conviene á saber: que el krausismo es un sistema atrevido que pretende, pero no consigue, huir del panteísmo, por más que sus secuaces hayan querido cambiar este dictado por el de panenteísmo. Panteísmo embozado y racionalismo manifiesto; tal es en todo caso la expresión sintética de esta doctrina que no puede menos, por lo mismo, de ser combatida por cuantos nos preciamos de cristianos y de sinceros católicos.

En el último discurso, correspondiente á la apertura del año próximo pasado, expusimos, como para completar el resultado de los anteriores, la enseñanza católica en lo concerniente á los puntos más directamente atacados por el racionalismo y más incompatibles con el panteísmo; hicimos el parangón entre las doctrinas que nos enseña la fe, y los absurdos que nos imponen sus enemigos; presentamos un pequeño extracto de los dogmas revelados que no pudimos unir en modo alguno con las aberraciones de la filosofía racionalista; vimos á las claras la falta de organización que por necesidad existe en todo sistema moral ó filosófico que se separa del supernaturalismo; y nos convencimos una y otra vez de que no hay otro camino para nosotros que rechazar con energía, con decisión y sin rodeos toda doctrina peligrosa, todo lo que pueda inficio-

nar y pervertir las tiernas inteligencias de estos mis amados alumnos, todo delirio filosófico, todo absurdo ateo, toda enseñanza panteísta ó racionalista, todo capricho tonto nacido del orgullo y de la soberbia del hombre que todavía parece estar prestando oídos á la diabólica promesa de «Eritis sicuti Dii.» Sereis como Dioses.

No hay que darle vueltas, señores; mientras la naturaleza humana esté sujeta á las miserias de esta vida, mientras el error tenga tan fácil acceso á nuestra inteligencia como enseña desgraciadamente la historia, mientras el corazón del hombre experimente esa proclividad, esa propensión al mal moral que acredita todos los días la experiencia, mientras que, en una palabra, el hombre se encuentre cercado de tantas imperfecciones, de tantas debilidades como por todas partes le rodean, no hay otro principio salvador que el principio de autoridad, fundamento de todo procedimiento dogmático. Con él, y no de otro modo, podremos adquirir la verdad, alimento de nuestra inteligencia, y proporcionarla á nuestros amados escolares, ávidos de ella: con él, y no de otro modo, cumpliremos nuestros deberes sociales, cualquiera que sea nuestra situación en la gran familia humana: con él, y no de otro modo, podremos conservar cada día con más ahinco el orden y la disciplina en el Colegio, pequeña sociedad donde el joven se alecciona en la práctica del deber: con él, por último y no de otro modo, lograremos devolveros vuestros hijos morales é ilustrados, aptos y bien dispuestos para poder ejercer con provecho todas las libertades civiles y sociales según aquello que os dije ántes de todo al anunciar el establecimiento del Colegio: «Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el orden. ¿Qué hay tan seductor en el mundo como el inimitable comu-

nismo del hogar doméstico? Si me dais un pueblo bárbaro é inmoral tendreis que optar entre el despotismo y la anarquía.»

HE DICHO.

Colegio de 1.º y 2.º enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1882.

José Sáenz Navarrete.





